

LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 167.—15 de Febrero de 1877.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4. 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES A...

Barcelona.—*A la amiga de los pobres*, pseudónimo que oculta una persona á quien el título le cuadra perfectamente, porque es lo que él mismo expresa. Nos remitió en 28 de Enero un décimo de billete de la Lotería de la extracción del 30, que tenía el núm. 37.469, encargando que si salía premiado, se aplicase á favor de los pobres que han sufrido en las inundaciones de Sevilla. Aunque LA VOZ DE LA CARIDAD, tiene consignada su opinion sobre el juego de la Lotería, es muy de agradecer y mucho agradecemos este donativo que pudo representar la suma de 32.000 rs., si la suerte hubiese favorecido á dicho billete.

D.^a F. A. de Ll.—Los 100 rs. que V. nos ha remitido, han socorrido á una forastera que vino á gestionar una corta pensión, á la que creia tener derecho, y la persona á quien entregó los documentos en que lo fundaba, se los ha perdido, viéndose la pobre precisada á poner á servir á dos hijas que traia consigo, por falta absoluta de recursos, y teniendo la desgracia de que una de ellas, tuvo un vómito de sangre á los pocos dias de estar sirviendo, por lo que ha tenido que llevársela otra vez á su casa. Calcule V. si en estas circunstancias habrá sido recibidas con gratitud su cuantiosa limosna.

Una suscritora.—Los 20 rs. que nos ha enviado V., le han valido muchas bendiciones de una pobre madre que tiene á su hija (que es su sosten) muy enferma de humor escrofuloso, y no podia comprarle aceite de hígado de bacalao, que le recetan los facultativos. Gracias á V. ya lo tiene.

La viuda de un militar.—Tambien V. se acuerda con frecuencia de nuestras pobres. Con la bata que nos ha remitido, se abriga un pobre jóven tísico, que por nuestro conducto envía á V. un millon de gracias por el bienestar que le ha proporcionado.

INTERPRETACION DE UN SUEÑO.

Muchas cosas buenas quedan que decir de los sueños, porque se han dicho muchas vulgaridades y muchos disparates acerca de este fenómeno, que puede á un mismo tiempo recibir luz de la psicología y dársela.

En el que sueña, ¿qué parte del Yo vela y cuál duerme?

Si el espíritu no tiene órganos distintos para sus diferentes facultades, cómo será ese desacuerdo que nota el que sueña, y sabe, por ejemplo, *qué es* y no *dónde está*, y quiere hablar ó correr y no puede, y comete acciones indignas y hasta criminales en absoluta discordancia con su modo de ser moral, y sin perder completamente su Yo, le cambia, le trastorna, le extravía, le desfigura, en términos de dejarle á veces reducido á una abstraccion absurda, incomprensible al entendimiento y afirmada, no obstante, por la conciencia?

Si todo lo que esencialmente constituye el Yo, duerme ó sueña á la vez, ¿por qué esas discordancias de los sueños y esa mezcla de razon y de absurdo, de ilusion y de realidad, como si una parte del espíritu dormido dejara á la que vela en desequilibrio, y faltando la armonía y regulador, resultasen todos esos movimientos desacordes?

¿En qué consisten los olvidos y los recuerdos parciales, como por ejemplo, el ver á una persona querida tal como era, el sentir por ella todo el amor que inspiraba y el olvidar que ha muerto?

¿Por qué se percibe luz en la oscuridad, se oyen sonidos en el silencio, y se siente frio y calor que no hace, y se ven objetos que no existen supliendo los sentidos, más, sintiendo contra su testimonio?

Si el Yo es persistente en lo que esencialmente le constituye, ¿es responsable de lo que piensa, quiere y hace en sueños? ¿No, ó sí? ¿Por qué sí y por qué no?

Hé aquí algunas de las muchas dudas que se ofrecen acerca de los sueños, más fáciles de presentar que de resolver. Ni voluntad ni fuerza tenemos para intentar su resolución, y las exponemos tan solo porque, aunque indirecta y remotamente, algo contribuye á vencer un obstáculo, el que hace algo para que se conozca en todo su poder.

La primera cosa que en nuestro concepto debia hacerse para estudiar los sueños, era conocer bien los detalles de un grande, grandísimo número de ellos, y las circunstancias de las personas que soñaban, cosa harto difícil si no imposible, porque las externas pueden apreciarse, pero las internas, las más importantes, no, ya porque las desconoce el mismo que las tiene, ya porque las oculta: así, desde el primer paso, se ven las dificultades de la empresa.

Uno de los sueños que más nos han llamado la atención, y de cuya certeza y exactitud no nos cabe duda, por haberle tenido una amiga nuestra, persona muy verídica é ilustrada, y á quien enviamos un recuerdo, y el deseo de que halle alivio en su larga enfermedad; este sueño, decimos, consistió en imaginar la que soñaba que se habia convertido en *peseta*. En el bolsillo del chaleco de un caballero fué al teatro, y siendo (como era despierta) muy aficionada á las representaciones dramáticas, pugnaba y pugnaba dando saltos en el bolsillo por salirse de él para ver la comedia, lo cual no consiguió. Terminada, al salir el portador, se le cayó del bolsillo en la escalera, donde pasó grandes apuros temiendo ser pisada.

Aquí admiran principalmente dos cosas: el trastorno tan completo de ideas, para concebir y trasformar la existencia en un poco de metal labrado, y lo persistente del Yo, al través de trasformacion tan extraña que debia aniquilarle, conservando sus gustos, como lo prueba el deseo de ver la fiesta, y el instinto de conservacion, ó por lo menos el de huir del dolor, puesto que *temia* ser *pisada*. Repetimos que la psicología podia enseñar mucho en este fenómeno de los sueños y aprender no poco si se estudiara bien.

Otra señora soñó hace tiempo, que se miraba al espejo, ataviada como lo estaba para el último baile á que habia asistido, llena de encajes, de riquísimos tejidos de seda, de perlas, de piedras preciosas, complaciéndose en su hermosura y elegancia. Así estuvo un rato alegre y satisfecha, hasta que detrás de su imágen oyó una voz que decia palabras y una mano que señalaba cosas, que no recordaba cuáles eran, pero que debian de

haber sido muy propias para impresionarla tristemente, porque una vez despierta, estaba como pesarosa á consecuencia de aquellas cosas que en sueños habia visto y oido. ¿Cuáles serian?

Alguno que la escuchaba quiso interpretar aquel sueño, afirmó que lo interpretaria bien, y que aquella voz cuyas palabras no recordaba, habia dicho:

«¡Mujer! Esos encajes, cuyo valor increíble supone un trabajo inmenso y malsano, son obras de manos primorosas y debilitadas por esta sedentaria labor, que tiene condiciones malas para la salud; peores son todavía las de la fabricacion del dorado marco y sostenes del espejo en que te miras, cuyo azogue no se ha extraido de la mina sin que enferme el obrero. Esas sedas que te cubren con sus ricos brocados y deslumbrantes colores, á causa de los fuertes derechos que pagan en las aduanas, introducidas de contrabando, costaron una lucha en que fué vencido el contrabandista que hoy está en presidio. Esas perlas, pescadas en el fondo del mar, cuestan la salud y abrevian la vida del pescador, que por cualquier incidente la pierde. Esos brillantes han tentado la codicia del débil que hicieron delincuente; de la vanidad de la mujer honesta que por ellos fué liviana, empañando el honor del hombre que por comprarlos prevaricó. Si pudieran contar su historia, horrorizaria su brillo y se compararian á las lágrimas de alegría lloradas por algun espíritu del infierno al contemplar satisfecha las almas que habia condenado.

»Tú, mujer ligera é insensata, luces satisfecha trajes, guarniciones y joyas, dando pábulo á lo que debias sofocar, valor á lo que no debia tenerlo, y ejemplo de como se goza, sin remordimiento, de bienes que no pueden obtenerse sino causando muchos males. ¿Para qué se puso en pugna con la ley el contrabandista, enfermaron el que maneja el albayalde, el que extrae el azogue, el que pesca las perlas? ¿Para qué van esas piedras siendo tentacion perenne de manos ávidas y conciencias poco firmes? Para que tú alimentes un miserable amor propio; para que en vez de adornar tu alma, atavies tu cuerpo, estableciendo, en lugar del culto de la virtud, la idolatría de la riqueza; para que aumentes la fiebre del lujo, las rivalidades desenfrenadas, las aberraciones deformes, y todo ese movimiento vertiginoso, en que ciegamente se arrastran y se atropellan las cosas santas; para convertir una criatura que podia haber sido buena, elevada, inteligente, en una especie de ma-

niquí que tiene cuerda para moverse solo, salirse del escaparate y recorrer salones arrastrando su cola, y agitando su remate superior redondeado en forma de cabeza...

»¡Escucha! Los grados de perversion no se marcan por la mucha perversidad de los malos, sino por la poca bondad de los buenos. ¿Adónde está la virtud de un pueblo, cuando tú te consideras y eres considerada como virtuosa? Piensas que no hay más orgías que las del cieno y la lujuria; entras sin reparo en las de la vanidad; en tu mano está la copa que se llena y se vacia incesantemente, bebiendo en cada trago lo que podia ser la felicidad de veinte familias desdichadas, sin que tu sed hidrópica se apague. Con rasos y terciopelos, y encajes y plumas, y oro y pedrería, has formado un muro impenetrable á los ayes de la miseria que causas. Es dolor pensar lo que podias haber sido, y ver que no eres más que una rueda de esa máquina infernal que fabrica culpas, errores, desastres, y abastece de cuantos instrumentos han menester á todas las tiranías y á todas las rebeliones...

»Parece que escuchas y comprendes y te conmueves... mañana olvido y desden para lo que has soñado. ¡Mira! cuando duermas por última vez, ¿quién sabe si al despertar comprenderás la realidad de esto que ahora llamas *un sueño*?

CONCEPCION ARENAL.

Ceares 26 de Octubre de 1876.

EL SIGLO XX.

Como nuestro siglo XIX ha consumido ya las tres cuartas partes de su tiempo, los hombres suelen ocuparse en plantear cálculos de lo que será su sucesor, como suelen hacerlo los cortesanos de rey caduco que tiene heredero jóven.

Verdaderamente la materia se presta mucho á las imaginaciones lozanas para fantasear sobre ese lejano porvenir. El siglo actual, ha sido y sigue siendo tan fecundo en progresos científicos, en convulsiones sociales, en revoluciones y reacciones de ideas y de principios, que apenas hay nada ya inmóvil é inmutable, más que la fé religiosa y las leyes de la naturaleza y del mundo sideral, que, como obedientes á un poder divino, no están al alcance de las influencias humanas.

Fuera de esto, asombra verdaderamente lo que ha hecho este siglo agitador y agitado, que á todas partes ha llevado ó pretendido llevar la bandera de las reformas, muchas buenas, perjudiciales algunas, pero todas demostrando la fecundidad y desarrollo del ingenio del hombre.

Hubo un siglo que se ha hecho célebre en la historia por un solo descubrimiento, el de la imprenta: otro se llama el de la pólvora, porque un monge encontró el secreto, (¡quizás hartó funesto!) de esa combinacion explosiva, que ha servido para derramar torrentes y mares de sangre humana. Viene luego el siglo XVI que se distingue por los esplendores de la literatura y de las artes; y el XVIII inicia las revoluciones sociales y políticas.

Pero al llegar nuestro siglo XIX la esfera de accion se ensancha, el impulso de mejoras, de reformas y de progresos toma tal desarrollo, que no puede llamársele ya únicamente siglo del vapor ó de la electricidad ó del cloroformo, ó de los buques acorazados, ó de los globos aereostáticos, ó de las armas de precision, ó de las sociedades cooperativas y de los institutos de caridad perfeccionada, sino siglo en que todo ha progresado de una manera extraordinaria, quizás alguna vez demasiado, porque el orgullo de la sabiduría humana ha pretendido algunas veces traspasar límites vedados á su investigacion.

Curioso es, sin embargo, observar que en este movimiento hácia la perfeccion posible, la materialidad de la vida humana, mirada bajo un punto de vista general, no ha mejorado. La medicina, no solo no ha descubierto la esencia de la vida, ni prolongado su duracion, sino que quizás á causa de ese mismo progreso enervante de bienestar material, la naturaleza humana aparece hoy en cierta decadencia fisica, que se revela en el prematuro desmerecimiento de órganos importantes del mecanismo del cuerpo humano, como son los ojos y los cabellos. Por cada miope y cada calvo que habia en el siglo último, hay quizás ciento en el presente.

Prescindiendo de esto último, ante el espectáculo de adelantos materiales, intelectuales, morales y científicos á que nuestra generacion asiste como actora ó espectadora ante lo rápido de esta marcha, es natural hacer esta sencilla reflexion y pregunta: *Tal objeto, tal institucion, tal progreso, ¿á dónde llegará? ¡Qué será en el siglo XX!*

Escritores, humorísticos los más, pensadores y formales algunos, se han ocupado en pedirle cuentas al porvenir sobre

lo que reserva para nuestros descendientes. Quién cree que las naciones serán republicanas ó cosacas; quién espera una reaccion de ideas que encauce las extraviadas por ánsia impremeditada de saber y de gozar: hay quienes piensan (y el que firma este escrito es de ese número) que la navegacion aérea será un hecho, con el cual se trasformará en gran parte el sistema de relaciones de los pueblos entre sí y hasta su organizacion misma; hombres pensadores profetizan el deseado idioma universal; y tal astrónomo idealista espera que sus nietos lleguen á conocer algo más, que se conoce hoy, de la naturaleza, del objeto y del destino de esa pluralidad de mundos, que en forma de astros brillantes constituyen el universo, obra magnífica que proclama un Creador omnipotente.

Ante tales aspiraciones, ante perspectivas tan deslumbradoras, no sabemos si parecerá á algunos ridícula por modesta ó inapreciable por vulgar, la pregunta que nosotros dirigiríamos al siglo XX, si pudiera respondernos: *¿Qué harás de la caridad?*

Bajo cierto punto de vista debiéramos estar tranquilos. Caridad es amor, y amor es tendencia ineludible del corazon humano, con la cual se forma primero la familia, y con la familia luego la sociedad. Es además precepto divino que, por ser dulce de cumplir, no es fácil que degenere y caiga en olvido.

Por eso vemos que en este siglo XIX las convulsiones políticas y sociales, los refinamientos de una sociedad sibarítica y las concupiscencias de todos géneros que se apoderan del corazon del hombre, no han bastado para destruir los sentimientos benéficos. Muy al contrario; esa misma civilizacion reformista ha dado instituciones de caridad que antes no conociamos. Al calor de ella, se han fundado las casas-cunas para los espósitos que antes se dejaban á las puertas de las iglesias; se ha hecho enseñanza práctica de las ventajas de la economía, del ahorro y de la asociacion para el bien; se han trasformado las casas de dementes, con lo cual el sábio Pinel ha hecho un gran progreso científico y un gran acto de caridad; se han popularizado las cocinas económicas; se ha convertido la limosna indiscreta á mendigos en beneficencia domiciliaria inteligente; se ha lanzado á los campos de batalla esa heróica legion de la *Cruz roja* para el socorro y neutralidad de los heridos, y sobre todo se ha puesto en actividad fecundísima la ternura inagotable del corazon de la mujer, que ya no se contenta con ser *Hermana de la Caridad*, sino que aquí es *Hermanita de los pobres*; allí lo es de *Esperanza*; aquí se denomina de *la Cruz*, y en todas partes es

el consuelo del que sufre y el ángel protector de todos los pobres desvalidos.

Tales progresos no son para desesperar. Ciertamente es que el egoísmo los hace también. Ciertamente es que la civilización, en lo que tiene de sensual, embriaga la generación presente y se presta al goce propio y al olvido de la desventura ajena; pero a pesar de esto, no debemos desconfiar de que nuestros descendientes vean en ese prejuzgado siglo futuro un desarrollo mayor y más inteligente del dulcísimo precepto y dulcísima inclinación que nos llevan a hacer bien al pobre y consolar al desgraciado.

Tal vez una mejor educación del pueblo disminuya los holgazanes, aumente los seres laboriosos y produzca en las masas trabajadoras hábitos de economía que destruyan el crecimiento de la miseria; tal vez los adelantos de la industria y el desarrollo del trabajo, lo hagan fácil y lo generalicen hasta a las personas que hoy creen no tener el deber ni la posibilidad de trabajar, con lo cual habrá mayores productos en las familias pobres; tal vez esas tendencias benéficas, que hoy son consuelo y complacencia de los corazones compasivos, tomen mayor esfera de acción y persigan las necesidades más ocultas de las clases pobres para descubrirlas y procurar remediarlas; tal vez en fin, los poderosos y ricos de la tierra lleguen a comprender que hay en el ejercicio de la caridad mayores, más puros y más variados goces que los que ofrece la satisfacción de las pasiones ligeras y el goce de los placeres y de las riquezas mundanas.

Pero este bello ideal no se improvisa como improvisa un hombre estudioso el descubrimiento de un problema científico: necesita preparación determinada y larga, y esta consiste en la educación moral que demos a nuestros hijos y que estos den a nuestros nietos. Es preciso ir formando su corazón con estímulos a la compasión, fomentar la ternura y amor al prójimo, combatir el egoísmo cual veneno que todo lo corroe, hacer, en fin, ramo especial de educación el leer, pensar y trabajar en asuntos de caridad.

Haciéndolo así, como el corazón humano nace puro, y puro crece, y puro seguirá siendo si las malas pasiones no lo vician, lícito es esperar que el siglo que viene sea en este punto superior y más progresivo que lo es el actual. ¡Ojalá que si de aquí a cien años este pobre papel de LA VOZ DE LA CARIDAD cae en manos de algún curioso anticuario, pueda decir, por lo que entonces haya en el mundo, que tenía razón

FAUSTO!

UN RECUERDO DE VIAJE.

Ven, Bruna querida, ven mi dulce amiga; el sol se está escondiendo detrás de los empinados montes, las aves buscan con afán su nido, los ecos se extinguen poco á poco; esta es la hora de las misteriosas confidencias, de la grata expansión del alma.

¡Oh! ¡cuán suave es la luz del crepúsculo! ¡cuán poético es el anochecer en una serena tarde de verano!

Sígueme á mi gabinetito, en donde las curiosas pasionarias, las atrevidas malvas reales, asoman sus corolas por entre los hierros del balcon, para venir á sorprender mi pensamiento; en donde revolotean las golondrinas, divirtiéndome con su graciosa charla.

Te he preparado una taza de leche, con que me ha brindado mi hermosa cabrita blanca, miel que han labrado mis abejas, y sonrosadas ciruelas que ha dejado caer en mi falda ese viejo árbol que sombrea la puerta.

¿Ves cómo obra la naturaleza? ¡Por unas cuantas gotas de riego, por unos cuantos desvelos, me dá, en cambio, frutos, perfumes y armonías!

Pero aun no lo sabes todo; te reservo, por sorpresa, una pequeña historia; — una historia no, una anécdota: menos aún, un solo rasgo.

Acaba de contármelo un anciano, que ha regresado de sus viajes.

Yo soy la tímida espigadora, que recoge aquí y allá el dorado fruto que dejan caer los segadores. ¡Oh, con qué anhelo lo recojo, porque es para vosotras, amigas mías; porque quiero formar una diadema de útiles espigas para vuestra frente!

Mientras saboreais mi frugal merienda, empiezo:

No sé si habreis oido hablar de un delicioso paraiso, en donde la industria y la naturaleza se dan de consuno la mano, para ofrecer á los ojos sus más sorprendentes maravillas.

Es un frondosísimo valle, ó más bien un perfumado jardin, escondido entre montes que elevan su cima, coronada de pinos, hasta el cielo. Nada falta allí: mar rugidor que ostenta sus verdosas y encrespadas olas; roncadas cataratas que se despeñan en los abismos; ecos profundos que repiten sus lúgubres conceptos.

Y, armonizando con esta salvaje majestad, hermosos vallecitos, en donde las ramas doblemente entrelazadas, no dejan penetrar más que el reflejo de los rayos del sol; en donde de cada piedra brota un arroyo, y de cada gota de agua un ramillete de flores.

¡Oh qué país tan hermoso! A cada cien pasos, cambia el paisaje, y el viajero, como si consultase el mágico estereoscopio, á cada paisaje que descubre, enmudece de asombro y de entusiasmo.

Todo el territorio está diseminado de graciosas alquerías, cuyas blancas paredes se asoman por entre el follaje, y la industria laboriosa ha secundado tan bien á la naturaleza, que no contenta con su espontánea feracidad, ha cubierto de árboles y viñedos hasta la cumbre de los montes más fragosos; y mientras sobre los picachos se ostentan las encinas y el olivo, crecen al borde de la playa, el naranjo, el limonero, el granado y la morera.

En medio de este variado panorama, se eleva una graciosa villa.

Es Deva: Deva, la coqueta que se espeja en las tumultuosas olas del mar Cantábrico, y en las apacibles ondas del rio que le ha dado su nombre.

Deva, la antigua Tricio Fubolvo, de los geógrafos Tolomeo y Pomponio Mela, la perla de Guipúzcoa, que se enseñorea entre el Cabo Machichaco y el de la Higuera.

Y así como su campo ofrece todos los matices, la población ofrece el cuadro de todas las industrias.—Por un lado los sacerdotes de Baco y de Cérés, que acarrean los ricos frutos arrancados al seno de la tierra; por otro pescadores, que llevan en grandes banastas los dorados pececillos. Aquí, árboles que cimbrean su ramaje; allí blancas velas que revolotean al impulso de la brisa, y el alegre canto del agricultor confundiendo con el melancólico del marinero. ¡Del marinero que deja patria y familia y amigos, para fiar su vida á una frágil tabla! ¡Dichoso el labrador que nace, vive y muere á la sombra del mismo árbol!

Deva, la pintoresca, es uno de los puntos de reunion para las gentes de buen tono, desde que el buen tono manda que imitemos cada verano á los Israelitas, teniendo siempre empuñado el baston de viaje.

Hace dos meses, llegó allí un jóven irlandés que se habia educado en la sombría Inglaterra, y parecia un verdadero hijo de Albion, por su aristocrática figura, su rostro pálido y su constante *spleen*.

Era inmensamente rico, y decíase que hastiado de los placeres de la vida, iba en busca de una mujer con quien casarse, y distraer por este medio el tédio que lo consumia.

Cuando llegó á Deva, habia ya dado la vuelta al mundo sin haberla hallado.

Esta noticia puso en conmocion á todas las bañistas, y las habia muy bellas, y cada una pensó en concurrir al certámen, ansiosa de alcanzar el triunfo. La coquetería preparó sus vastos arsenales de flores, lazos y encajes, de encantos misteriosos, miradas ardientes é irresistibles sonrisas.

Pero muy negro debia ser el *spleen* que devoraba al extranjero cuando no consiguieron vencerlo las graciosas españolas.

Todo fué inútil; su corazon era tan invulnerable como el cuerpo de Aquiles, y ninguna supo descubrir la parte débil á la cual debia asestar sus flechas.

Pasaron muchos días. La indiferencia de Carlos crecía,—el extranjero se llamaba Carlos,—crecía al par que el despecho de aquellas hermosas damas.

Carlos había creído hallar su salvación en España, porque en ninguna parte había visto un cielo más hermoso, ni mujeres más seductoras; y desesperando ya de alcanzar el remedio apetecido, empezó á pensar en aquella desposada siempre fiel, siempre pronta á nuestro llamamiento... ¡Empezó á pensar en la muerte que todo lo termina!...

Por las tardes, lejos de concurrir á las alegres partidas de campo, vagaba por las orillas del mar, atraídas irresistiblemente sus miradas por aquel lecho verdoso, cuyas olas se arremolinaban á sus piés, como si le invitasen á seguirlas á su profundo abismo.

Una tarde estaba más abatido que nunca: blancas nubes velaban la faz del sol, y aquel cielo ceniciento le recordaba el cielo de su adoptiva patria.

Subió á lo alto de un otero, sentóse sobre una roca, y empezó á contemplar las bulliciosas ondas que dejaban escapar murmurios tristes y quejumbrosos, tan tristes como su alma.

—¡Una limosna por amor de Dios!—dijo de repente á su lado una voz casi infantil.

Carlos sacó del bolsillo una moneda sin mirarla y se la alargó á la mendiga.

Esta murmuró una ardiente bendición, y prosiguió su camino.

Descendió la cuesta, y cuando llegó á la mitad, se encontró con otra mendiga que la subía, apoyándose trabajosamente en dos muletas.

Era tal el silencio que reinaba en derredor, que Carlos pudo oír el siguiente diálogo que se entabló entre ambas.

—Buenas tardes, Inés,—dijo la primera.

—Buenas tardes, Cecilia,—respondió la otra.

—¿Ha recogido V. algo hoy?

—¡Casi nada! ¡Dos cuartos! Un panecillo que repartir entre cuatro chiquitines!

—¡Pobrecitos! ¡Pues yo sí! Un buen señor, que Dios premie, acaba de darme una moneda de plata... creo que es un real!... Inés, tómeme V. para sus hijitos, y deme V. los dos cuartos para que yo pueda comprar un panecillo!

—Muchacha, ¿qué dices?

—¡Tome V., Inés, tome V.! ¡Si tuviera más, más le daría, pero soy tan pobre!...

—¡Que Dios te lo pague, hija!

Ambas se separaron y siguieron en distinta senda.

Carlos sintió arrasársele de lágrimas sus ojos: aquel corazón insensible que él creía muerto, palpitó embriagado de una sensación dulce, suave, casi desconocida.

Bajó precipitadamente el otero, sin darse razón de lo que le pasaba, ni de lo que sentía.

Cuando logró alcanzar á Cecilia, ésta subía ya las gradas de una ermita cubierta de follaje.

Era casi una niña. Debajo de sus harapos se dibujaba un talle delicado, sus cabellos negros servían de marco á un rostro lleno de vivacidad y gracia.

—¡Oh Dios mio!—exclamó con angustia al verle,—¡es que usted se ha equivocado al darme la limosna!...

Y le tendía con mano trémula los dos cuartos.

Cárlos la hizo un ademán negativo, y le preguntó lleno de emoción:

—¿Vive V. de la caridad pública?

—No siempre,—respondió la niña ruborizándose.—Cuando es el tiempo de la recolección, espigo y ayudo á los vendimadores durante la vendimia... Cuando no hallo en qué ocuparme pido limosna á las almas caritativas.

—¿No tiene V. padres?

—¡Murieron cuando yo era muy pequeña!

—¿No tiene V. á nadie que la ampare?

—La niña señaló la efigie de la Virgen milagrosa esculpida en la puerta de la ermita.

—Pero, en fin,—prosiguió Cárlos,—¿no tiene V. á nadie á quien amar?

—¡Oh! sí, sí,—exclamó Cecilia con entusiasmo,—¡á Dios y á los pobres. mis hermanos! Quiero también á los pajarillos que cantan entre los árboles, á las flores que se balancean cuando yo paso y me saludan, á las olas del mar que bañan el cementerio en que reposan mis padres!

—¿Querria V. casarse?—preguntó Cárlos interrumpiéndola tristemente.

La niña se puso encendida como una amapola y no respondió.

—¿Querria V. casarse conmigo?—balbuceó Cárlos respirando apenas, y amarme como ama á Dios, á los pobres, á los pájaros y á las flores?

Cecilia se tambaleó como si experimentara un vértigo, luego fijó sus ojos negros en los azules de Cárlos, y por último corrió á arrodillarse ante la efigie de la Virgen, y exclamó entre sollozos:

—Madre, madre mia, ya que me envías un esposo, has que lo haga tan feliz como tú haces á los que te aman.

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se presentó en el dintel de la puerta el santo sacerdote que habitaba en ella.

Era un anciano venerable.

Cuando Cárlos le hubo dicho algunas palabras, cogió á los jóvenes de las manos y los tres entraron en la ermita, y los pájaros prorumpieron en gorjeos, y las flores exhalaban sus perfumes, y las ondas trocaron sus quejas en plácidos murmurios, como si toda la naturaleza celebrase el enlace de aquellas puras almas.

Al día siguiente, cuando Cárlos se presentó en el círculo aristocrático, dando el brazo á su nueva esposa, magníficamente ataviada, las damas lanzaron un grito de sorpresa al reconocer á la mendiga.

Y cuenta el anciano, Bruna, que todas celebraron un consejo, resolviendo relegar al olvido el inútil arsenal de su coquetería, y de allí en adelante proveerse de candor y de bondad, únicos adornos que sientan bien á los rostros femeninos.

ANGELA GRANES.

JUNTA DE REFORMA PENITENCIARIA.

Siempre que vemos alguna disposicion del Gobierno encaminada á mejorar nuestro sistema penitenciario, saludamos con gusto esta prueba de que se acomete con empeño la reforma tan deseada de este ramo importante de la Administracion pública, que es quizá el que más la necesita.

Esto nos sucede hoy al ver el Real decreto de 31 de Enero creando una Junta de reforma penitenciaria encargada de estudiar y proponer las mejoras que son necesarias y urgentes en el régimen carcelario y penitenciario. Felicitamos por ello al señor Ministro de la Gobernacion y vemos con placer que la firma de nuestro augusto monarca D. Alfonso XII figure en documentos de esta clase, que han de dejar páginas brillantes en la historia de su reinado.

Ancho campo tiene esa Junta para llenar dignamente su mision, y vivamente deseamos que emprenda sus trabajos sin demora y los continúe con actividad. Se interesa en ello la Administracion, la moral, la caridad, la ejemplaridad del castigo, la reforma de los penados y el bien de la sociedad. Seria de desear que todos los meses se publicase un extracto de las tareas de la Junta, á fin de que el país supiese lo que se vá adelantando.

El mismo decreto establece otra medida tambien muy útil, que es la facultad concedida al Sr. Ministro de la Gobernacion para abrir certámenes públicos, en los cuales serán premiadas las memorias, opúsculos ó estudios que sean presentadas á concurso.

El Gobierno dá en esto una prueba de que no desdeña la cooperacion de las personas competentes en la materia. En España las hay, y no dudamos que corresponderán á esta escitacion cuando se anuncie el certámen. La materia interesa tanto á todos, que todos los que en esto se ocupan tienen el deber moral de ayudar al Gobierno, aportando á su elevado pensamiento el concurso de su ciencia y de sus estudios.

Uno de los escollos que quisiéramos se evitase en esta reforma es el que gráficamente se expresa por medio del conocido axioma popular de que «*lo mejor es enemigo de lo bueno.*» Hay que tener presente que somos una nación pobre, que el estado de la Hacienda pública no permite grandes gastos nuevos cuando el presupuesto apenas puede soportar los actuales; y que por lo tanto sería imprudente el limitar los proyectos de reforma al establecimiento inmediato de grandes penitenciarías con todos los adelantos modernos que sustituyesen á nuestros actuales presidios y cárceles. Esto sería muy lucido para el escritor, pero muy poco útil por ser prácticamente irrealizable en el día.

Bueno es que se establezcan bases de toda la reforma; pero teniendo en cuenta el estado del Tesoro público, conviene empezar á plantear las que sean posibles con los recursos que hoy tenemos. Muchas de ellas lo son: el sistema de reclusion, donde tanto hay que estudiar; el trabajo de los penados y presos, que bien utilizado es elemento poderoso de moralizacion y de productos; las condiciones del personal de empleados que debia formar una carrera casi facultativa y con los estudios y preparacion necesarios; el patronazgo para los penados cumplidos; el establecimiento de casas de correccion para jóvenes viciosos ó vagos, sin ser criminales, segun la ley; la enseñanza religiosa, moral, industrial é intelectual que puede darse en los presidios; todo esto y otros varios puntos pueden reformarse sin grandes gastos, aunque nunca pueda hacerse con la perfeccion con que se haria en cárceles y penitenciarías levantadas de nueva planta al tenor de los adelantos modernos.

LA VOZ DE LA CARIDAD, cuyo lema son *los pobres y los presos*, ha ocupado, durante los siete años que lleva de vida, muchos centenares de páginas en esta materia, y sus redactores seguirán incansables en esa campaña, hoy con más aliento que antes, puesto que vemos que el Gobierno se ocupa seriamente de lo que tantas veces hemos reclamado.

FAUSTO.

UN RINCON DE BICETRE.

Mañana os diremos qué día de Navidad han pasado unos pobres niños acogidos que no cuentan con otro apoyo que la

caridad; como prefacio á esta solicitud hácia unos séres que se ven privados del amor de una familia, vamos á hablar de la interesante y útil institucion de *Niños locos* de la escuela de Bicêtre, fundada en 1849 por los doctores Ferrus y Wifin, médicos, eminentes especialistas en la curacion de los enagenados.

Hay allí centenares de niños enagenados, epilépticos, idiotas y paralíticos; unos *susceptibles de curarse* y otros *incurables*; unos huérfanos ó expósitos no son visitados por nadie, pero hay otros que teniendo parientes son visitados por ellos, que siguen con tierna ansiedad los progresos siempre lentos de sus queridos enfermos.

En fin, muchos de estos enfermos de la inteligencia proceden de la Roquette ó de las casas de correccion, con una razon debilitada que allí se ingenian por justificar, ó con malos instintos que allí se intenta combatir.

La ciencia se apodera de los que son *susceptibles* de curacion para curarlos y entregarlos sanos á sus familias y á la sociedad.

Aquí se observa un régimen médico, puesto que solo el médico tiene la penosa direccion de estas inteligencias turbadas. Su autoridad competente y suave es única; él es quien dá las recompensas y dispone los castigos siempre lijeros. No se puede dar nada más fraternal é inteligente, ni más fecundo en buenos resultados que este régimen que tiene por base la ciencia, por móvil la humanidad, y por blanco la curacion.

Los tiernos enagenados comprenden por instinto la ternura y la autoridad del médico, y toleran su ascendiente como guiados por un vago sentimiento de gratitud.

El médico despierta la inteligencia tocando al corazon y logra hacerse obedecer haciéndose amar. Aquí no se trata de castigar á un culpable, sino de curar á un enfermo, cuya curacion interesa en alto grado á la sociedad.

Con frecuencia se veia antes, que una severidad mal entendida en el régimen administrativo, destruia estas razones frágiles que era necesario fortificar, y se agriaban con ella ciertos naturales irascibles ó feroces que habia necesidad de dulcificar. Pero hoy el régimen médico ha tomado la direccion absoluta de estos pobres niños; y solo la ciencia es la que dirige é instruye para que se den las recompensas ó castigos acertados, constituyéndose en guardia y providencia de estos pobres desgraciados.

Allí se vé un gimnasio para fortificar el espíritu, desarrollando las fuerzas del cuerpo, y talleres en que por una dirección paciente y cariñosa, los niños se dedican voluntariamente á toda clase de trabajos profesionales, y un poco más allá hay una escuela en la que un maestro especial les enseña á leer, escribir y contar y hasta á dibujar. Sin duda que es una penosa y delicada tarea la de instruir niños locos. Pero estos bienhechores, modestos, desconocidos y desinteresados, hallan dentro de sí mismos la más pura de las recompensas, puesto que una voz interior y dulce los hace resonar su eterna alabanza: su conciencia.

Lo que distingue á estos pobres niños es que al lado de una enfermedad intelectual ó moral se vé en ellos, casi siempre, una conformación física casi perfecta. Por manera que parece que el cuerpo ha extinguido la inteligencia en ellos, que ofrecen cabezas encantadoras, facciones regulares, cuerpos robustos y rostros colorados y agradables.

Pero toda esta hermosura física es impasible, como si fuera una máscara, y fría como una estatua; pues que estos pequeños cuerpos bien hechos presentan una rigidez extraña y como mecánica. Sus labios de rosa no saben reír, sus claras miradas no dicen nada, y hay tendido un velo de tristeza sobre aquellas frentes que dan albergue á la inteligencia. Apenas se les vé de tarde en tarde iniciar una sonrisa á estas caras impasibles y hermosas, ó mostrar una ráfaga de inteligencia ó de alegría que desaparecen con la rapidez del relámpago.

Algunos que logran curarse, si no son huérfanos, se entregan á sus familias; pero muchos que son incurables pasan á la sección de los adultos, y mueren en el mismo hospital en que han crecido.

Extraños á todo lo que los rodea, ignoran hasta su propia existencia, y salen de este mundo sin haberlo conocido, y mueren en una ancianidad indiferente, sin haber comprendido ni la sonrisa ni las lágrimas de una madre, y sin haber gozado jamás de las alegrías de la infancia, ni de las ilusiones de la juventud. Pero en cambio, extraños también á todas las decepciones y misterios de la vida, vejetan sin dolor y sin pesadumbres y pasan tranquilamente de esta vida al reino de los bienaventurados pobres de espíritu.....

(Traducido.)